

Amadísimos fieles

Concluíamos el domingo pasado que el primer deber del primer mandamiento es conocer a Dios, conocer la Religión y conocer la Iglesia. Hoy vamos a dar un paso más en el análisis del contenido del primer mandamiento. Lógicamente, naturalmente el segundo deber que se impone al hombre y al cristiano que reconoce a Dios y la revelación es la de servir a Dios. El segundo deber contenido en el primer mandamiento pudieramos decir que es servir a Dios. Pero tengamos presente que hay que servir tal como quiere y dispone Dios mismo y no como nos place a nosotros.

Dice un escritor que una de las fatalidades de la humanidad moderna consistió y consiste en creer, o, al menos, vivir como si la verdad dependiera de nosotros y no nosotros de la verdad. Es digna de consideración la observación y se explica que así ocurra después de tantas prédicas y tanta difusión de la filosofía subjetivista de estos dos siglos. Así hemos querido concebir el mundo y la vida amoldándolos a nuestros gustos y a nuestros caprichos sin tratar de amoldarnos a nosotros a las exigencias superiores e inconscientemente ha penetrado en nuestra mentalidad religiosa este mismo mal por cuanto no creemos tener el deber de indagar siquiera si Dios, cuya existencia reconocemos, ha hablado y ha dispuesto algo sobre lo que debemos hacer. No es este el momento oportuno para nosotros detengamos a explicar los fundamentos del dogma, los fundamentos de nuestra credibilidad. Dando por supuesto todo ello diremos que hemos de servir a Dios atendiendo nos a lo que El ha dispuesto en cuanto a la forma que quiere que le sirvamos y a este propósito añadiremos que este nuestro servicio ha de tener su primera expresión en la sumisión de nuestra inteligencia a la revelación, o sea en el asentamiento de nuestra mente de todo lo que Dios ha revelado y enseñado. Prácticamente, concretamente este servicio consiste en primer lugar en el cultivo y fomento de esa virtud que se llama teologal e infusa, que es la fe.

Al hablar de la fe hemos de recordar en primer lugar, hemos de recalcar que es un don, que es un regalo que Dios nos hace. Así nos enseña la teología y así confirma la experiencia y los testimonios de todos los conversos. No se es creyente porque uno haya querido o haya buscado eso sino porque Dios lo ha querido. Hay quienes desean vivamente esa fe y no la poseen, hay quienes sienten su peso y tienen que soportarlo. A este propósito conviene tener en cuenta esta condición de la fe para que los que la poseamos veamos en ello un rasgo de bondad de nuestro Salvador hacia nosotros y lo agradezcamos debidamente. En este momento no puedo resistirme a la tentación de leeros una bellísima página de Paul Claudel recién leída por uno de los miembros de la Academia Francesa, esa institución de tanto prestigio universal, que educado en un ambiente indiferente un día de súbito se sintió creyente. No quisiera que en esta página vieramos reflejado un caso particular sino el de todos los que han recibido el don de la fe en edad adulta, pues sus expresiones pueden servir para relatar lo que les ha pasado a tantos otros que han experimentado lo mismo. "Los que vuelven a la Iglesia.... pag, 161